

Reflexiones con Abelardo Pithod



Con alegría, en este número de *PsicoPedagógica* inauguramos una nueva sección, abierta a contribuciones, titulada “Reflexiones con el Dr. Pithod”.

Su intención es compartir reseñas, comentarios, desarrollos sobre la vasta obra del autor, de inmenso valor: 22 libros, más de 200 trabajos en revistas científicas nacionales y extranjeras, ensayos, capítulos en obras colectivas.

En ella va mostrando la riqueza y amplitud temática de sus intereses investigativos, aunque todas atravesadas por su agudísima capacidad para dilucidar –en la realidad de las personas y de los acontecimientos sociopolíticos y culturales– su “causalidad” psíquica y la dimensión social, iluminadas desde los principios de la filosofía perenne.

Dra. Hilda Difabio de Anglat

Hilda Difabio de Anglat

Centro de Investigaciones Cuyo -
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Aceptado: junio 2023

Datos de la autora:

Hilda Difabio de Anglat es Doctora en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de Cuyo; investigadora principal de CONICET; docente de metodología de la investigación en carreras de posgrado; miembro del Comité Académico del Doctorado en Psicología, Universidad del Aconcagua.

Dirección de correo electrónico:
hdifabio@mendoza-conicet.gob.ar

La experiencia religiosa (Pithod, 2011), publicado en Mendoza por SSyCC Ediciones

El texto que presentamos tiene como característica un estilo de insinuación, de sugerencia: invita a experimentar lo divino en un llamamiento al corazón humano.

El hilo conductor se halla en la consideración de la religiosidad como una dimensión natural del hombre y en la tesis de que hoy asistimos a una declinación de esta sin precedentes. En una expresión plástico-sintética, nos dirá el autor: "El hombre de hoy padece de un déficit de *religación* con el más allá, y anda hundido en su inmanencia" (p. 14); más adelante expresará:

Esta (...) declinación de lo sagrado no tiene antecedentes históricos. El hombre de todas las civilizaciones, incluido el precivilizado, alcanzó algún modo de vida religiosa, es decir de preocupación por el más allá, por las llamadas 'postrimerías', muerte, juicio, premio y castigo, por la salvación y la condenación, por la culpa y el mérito. (...) Hoy, paradójicamente, junto a la desacralización, se incrementan las formas supersticiosas. También, se nota la desacralización en el escamoteo social de la muerte. (...) Se evita hablar de la muerte y resulta de mal gusto mencionarla. El hombre actual, cualquiera sea su nivel cultural, no tiene respuesta ante la muerte y huye de su solo pensamiento. (pp. 14-15)

Agradecimientos

Agradezco a la Dra. Stella Maris Vázquez sus profundas reflexiones que facilitaron esta presentación (N. A.).

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

Difabio, H. (2023). La experiencia religiosa (Pithod, 2011), publicado en Mendoza por SSyCC Ediciones. *Psicopedagógica* 14(18), 161-165

La tesis de la obra -decíamos- es que asistimos a una declinación de la religiosidad a partir de dos fenómenos que se implican: desacralización y deshumanización, “extraño rebote” -destaca el Dr. Pithod- ya que se pregunta “¿No debería haber sido todo lo contrario, mientras menos religiosidad más humanismo?” (p. 16).

El autor sostiene que la negación, el rechazo de Dios, es asimismo negación y rechazo de lo propiamente humano en el hombre, que conllevan el vacío existencial y que son causa de patologías, precisamente porque reprimen un rasgo que es natural (“la represión no es sana”, señala) aunque a veces no se observen estas patologías: “Nosotros conocemos personas que no tienen una relación consciente con Dios y no se observa en ellas anomalías de cualquier índole” (p. 17). El autor resuelve este aspecto acudiendo a una orientación no consciente hacia Dios (la *presencia ignorada de Dios*, según Viktor Frankl), que parecería referir a la emergencia del *fundus animae*, concepto de la mística cristiana que expresa lo más esencial en el hombre: la presencia fundante y activa de Dios en el hombre, de la que brota todo impulso a actuar. Así, el autor nos ubica en una perspectiva metafísica.

Acude a autores clásicos sobre la cuestión -Rudolf Otto, María Zambrano, entre otros-, para caracterizar la experiencia religiosa con las notas de *estupor ante lo numinoso* (esto es, lo misterioso y arcano), *temor*, *impulso hacia dicho misterio*, *necesidad de comunicación*, *gozo*, pero privilegia este último, el gozo, en una opción que transparenta su propio talante existencial, su propia experiencia religiosa.

Desde esta concepción, liga el desencantamiento de la vida al proceso de laicización y, de forma más profunda, al muy actual *odium Dei*, que estaría testimoniando, por la vía negativa, que la religiosidad es una dimensión natural del hombre, porque quien la niega no la ignora ni puede tomarla con indiferencia, ya que se está oponiendo a la aspiración más profunda de su naturaleza, a su *fondo* metafísico. Aparece aquí la profunda preocupación del autor, de maestro y de maestro cristiano que es apóstol. De allí su pregunta por la vía para preservar el encantamiento; dirá con el Obispo chileno Bernardino Piñera: “¿Cómo preservar el encantamiento de lo divino, del misterio escondido, del amor inicial, en medio de las vicisitudes de la historia y de la vida?” (p.

18). La única respuesta es la santidad; es la gracia, es la fe, es la esperanza, es el amor. Me atrevo a interpretar que se trata de *reproponer la santidad de forma radical*: amar de tal modo que el otro se sepa y se sienta amado por Dios en la experiencia de recepción-donación. Y aparece aquí su permanente preocupación por los jóvenes, en tanto muchos se “pierden” la experiencia profunda de amor, reduciendo el sentimiento a la inmanencia del cuerpo, en la que el autor encuentra una manifestación (¿o raíz?) de la soledad (refiere a la “muchedumbre solitaria” de Riesman; al des-enraizamiento debido a la mecanización de la vida y a la desvitalización, según Rafael Gambra), insinuando aquí la *necesidad de vivir trascendiendo*, como condición para el encuentro verdadero.

Da otro paso cuando relaciona la religiosidad con la sabiduría, poniendo a esta en el conocimiento de sí como reconocimiento de la interioridad. Nótese bien que su referencia al precepto socrático *gnozi seautón* y a su expresión más rica en San Agustín (*noli foras ire, in interiore homini habitat veritas*, “no quieras ir afuera, en el interior del hombre habita la verdad”), permite distinguir radicalmente la interioridad -cristiana- de la subjetividad -moderna-, que puede leerse como expresión de inmanencia, en tanto que la interioridad no se manifiesta si no hay reconocimiento de trascendencia.

Al abordar la cuestión de las patologías de la religiosidad, la vía fenomenológica que esboza permite advertir su profundo conocimiento vivido del alma humana y su espíritu joven porque, con audacia, refiere como patologías de la religión la búsqueda excesiva de pureza y el formalismo, modalidades actuales que no solo deforman la experiencia religiosa sino que de modo muy particular pueden “espantar” a los jóvenes, frente a las cuales el Dr. Pithod nos recuerda que la forma eminente de toda relación auténtica con Dios es la del amor; parafraseo (p. 26): El santo temor de Dios y la “veneración respetuosa” (de la que habla Von Hildebrand) son asumidos eminentemente por el amor.

Su referencia a la descristianización de la Argentina -tema recurrente en sus escritos- es testimonio de su compromiso, del que son antecedente tantas páginas que hemos leído de él, ya en escritos académicos, ya en su vasta producción periodística y de divulgación,

en las que señala con precisión los males que aquejan hoy a la Patria y su raíz profunda en dicha des cristianización.

Con fino equilibrio, considera con igual fuerza la desviación del espíritu jansenista (la tendencia -dirá- “de ver la sensibilidad humana y el mundo material en general como pecaminosos. Causan más pavor los pecados de la carne que los del espíritu, cuando estos son, en sí mismos, más graves”, p. 27), y su contrario -no contradictorio-: el Modernismo y su continuación en el Progresismo (postura “muy extendida”, señala, que significa no una “ruptura total, pero sí un alejamiento de la tradición, a veces en materia grave”, p. 34), siempre guiado por un concepto esencial de experiencia religiosa que involucra a *todo* el hombre y se resume en el amor.

Desde ese hilo conductor asume la caracterización que hace Vernaux del ateísmo contemporáneo (“El ateísmo actual no es tanto la negación de Dios como la repulsa a creer en Él”, p. 37), un movimiento que “fuerza la inclinación natural del hombre”, vale decir, una cuestión que no tiene su núcleo en la inteligencia sino en la dimensión afectivo-volitiva, aquello que la Escritura llama el *corazón* del hombre. Y esto, en particular, nos parece, es importante para entender la crisis argentina actual.

Su noción de experiencia religiosa puede resumirse en el siguiente párrafo:

El Dios al que aludimos aquí (...) un Ser personal y de diferentes modos accesible, amable, es decir digno de ser amado, más que cualquier otra cosa, un Dios con el que puedo comunicarme, que me es interiormente presente, y en ciertos momentos de manera indubitable; un ser del que, después de conocido, no puedo prescindir. Es infinitamente más que el Dios de los filósofos, pues si así no fuera no hubiera arrebatado a los místicos y a los santos a realizar las mayores proezas del espíritu y del amor. (p. 40)

Cierra su “miscelánea de *flashes* sobre aspectos del misterio religioso” (p. 53) con relatos de experiencia religiosa: García Morente, Jacob, Frossard, Claudel, Goricheva, Lewis... Señala, en el Epílogo (p. 53), que algunas tienen carácter extraordinario; otras carecen de

ribetes excepcionales pero alcanzan carácter paradigmático; hay conversiones instantáneas y otras muy paulatinas; agreguemos que, a excepción de Tatiana Goricheva, son experiencias predominantemente masculinas. En estos “casos”, ejemplos de experiencia religiosa, destaca como elemento común el gozo, que es propio de la *vida*, de la vida profunda. Y esto surge a cada momento en el texto: la experiencia de un Dios vivo y vivido, sí trascendente, pero cercano, íntimo, podríamos decir. En definitiva, son diversos modos *de darse la experiencia religiosa*, pero a la vez el común denominador de la *vivencia de contacto personal*. La experiencia religiosa es ante todo eso: presencia de un Dios personal y vivencia de amor que produce gozo, *imponiéndose sobre el temor de lo numinoso*.

Son 22 *flashes*; los hemos considerado desde una visión sintética, tratando de mostrar las tres vías complementarias de acceso a esta obra: la vía fenomenológica, la vía metafísica y la vía experiencial profunda que subsume las anteriores.

*Psico
Pedagógica*